de Doris Day. El vestido era obvio, de lentejuelas negras, aunque bien pensado por el escote del que asomaban dos tetas artificiales y perfectas. Además, nunca sería reconocido, ni siquiera por su madre, que ya había enterrado, maldecido y hacía poco perdonado. Su esposa e hijos eran en lo que menos le interesaba pensar. De hecho, después del pavor al hacer su entrada, una vez instalado en una mesa, comenzó a acoplarse y a fluir.

Cuando llegó había en el Bardahl una pesada euforia, producida por el éxito bailable El payaso del rodeo. El presidente de Prisma pidió una cerveza:

—Una Corona, por favor –la voz salió cavernosa, como es el caso de muchas vestidas.

—Chula... ¿No te va mejor una diadema? –la mesera repetía el mismo chiste cada vez que descubría a alguien de estreno.

—Nada más la Corona por favor. –su repentina solemnidad dejó en claro que era una forastera.

El empresario se sintió incómodo, no había presupuestado la fortuna del humor. Sin embargo al terminar la canción, se anunció que a continuación estaría el clón de Estelita Núñez, cantando los mayores éxitos. Y así fue, anodina, desafinada aun en playback. Antes de terminar su show cantó para los hombres únicos de Monterrey Bésame mucho, la versión la cantó con acento gringo lo que curiosamente la hizo solvente. Fue lo mejor de su estrafalario show. Mientras cantaba y el Bardahl se atenuaba, llegó la mesera con otra cerveza.

—Ai se la mandan... sin propina, ¿eh?

No alcanzó a ver quién era, al levantar la botella brindaron con el Presidente de Prisma, a un tiempo, media docena de hombres. No tardó en aparecer a su mesa un hombre de más se sesenta, perfectamente sobrio y con la boca en estado calamitoso. Su risa, frecuente y estúpida, era de una sinceridad desarmante.

—¿Cómo te llamas preciosa? –sonrió como excusándose por el atrevimiento.

Ezequiel Amézquita imbécil, y tengo esposa e hijos y más dinero que lo que pudieran hacer tu familia en cincuenta generaciones trabajando de día y de noche.

—Juliette.

—¿Yu-Yu?... me encanta tu nombre y me encantas tú.

—¿De veras? –en ese momento ordenó una cuba doble, bebida que no probaba desde la adolescencia.

El nerviosismo fue dando paso al malsano deleite, así decidió llamar a lo que iba sintiendo a medida que fluía la noche. El hecho de que fuera descubierto había sido evaluado de antemano, en directo, por eso se sentía relativamente seguro, porque la posibilidad ya había sido considerada y había asegurado, hasta donde era posible "la política de los imponderables". Política que no era otra cosa que azotar con dinero a un presunto fisgón.

El hombre sesentón, quien dijo llamarse Aurelio Martínez, comenzó a bostezar, aunque no quitaba la vista de sus tetas. El reflejo perezoso le permitió desvergüenza y mala uva.